

Cinco días permaneció el mariscal Bazaine en Puebla, enviando lentamente sus columnas hácia el puerto de Veracruz, con la esperanza aun de que Maximiliano abandonara el país. Sin embargo al mismo tiempo que parecía tenderle la mano para salvar la persona del jóven monarca, se le privaba á su gobierno de todos los recursos para sostenerse. La ciudad de Puebla, que era una de las ciudades más importantes que conservaba el imperio, se hallaba falta de los más indispensables recursos en los momentos que la desocupaba el ejército francés, porque éste se había apoderado de ellos. No obstante lo exhausto que se hallaba el erario, se hicieron pagar el impuesto sobre alojamientos que importó una crecida suma, se opusieron á que la ciudad siguiese fortificándose, y pusieron en juego la seducción, para que las pocas fuerzas extranjeras que se habían comprometido á formar parte del ejército mejicano abandonasen las banderas del imperio y regresasen á Europa. Por los consejos de muchos de esos jefes franceses que anhelaban que ninguna fuerza extranjera quedase al servicio del emperador, los austriacos que se hallaban en Tlaxcala, ya verificada la rescision del contrato, quedando en libertad de volver á su país ó quedarse al servicio del imperio, abandonaron repentinamente la poblacion, antes de que fuesen relevados por tropas mejicanas, dejando así perdido aquel punto, habiendo vendido las armas sobrantes, equipos y municiones.

1867. Febrero. A la vista de ese extraño comportamiento de la fuerza austriaca y de las reducidas tropas mejicanas imperialistas que para cubrir los puntos abandonados quedaban, el

general mejicano D. Manuel Noriega, á quien el gobierno imperial había confiado el mando de la ciudad de Puebla, empezó á construir fortificaciones en la línea interior para suplir con ellas la falta de gente. El mariscal Bazaine, llevado de su espíritu hostil hácia los conservadores, se opuso á ello; pero el general Noriega, haciéndole ver que ninguna autoridad ejercía ya en el ejército mejicano, continuó las obras, aunque muy lentamente, á causa de lo agotado que los franceses habían dejado el erario.

Después de haber permanecido el mariscal Bazaine cinco días en Puebla, salió de esta ciudad el 12 de Febrero, continuando su marcha hácia Veracruz, dejando en aquella poblacion al general Castagny con la division de retaguardia que debía continuar tambien su camino dos ó tres días después.

El conde de Kératry, que muestra un vivo empeño en presentar al mariscal Bazaine trabajando con solicitud en dejar bien fortificadas las plazas que iban dejando las tropas francesas en poder de los soldados imperialistas, refiere los hechos de una manera diametralmente opuesta á lo que yo acabo de asentar, pero que verdaderamente pasaron como dejo referido. «A medida que se retiraban los franceses», dice el expresado conde de Kératry, «fortificaban sólidamente todo el camino que debía servir de línea de retirada al emperador en los momentos difíciles. La ciudad de Puebla estaba perfectamente organizada para la defensa.»

Al patentizar lo inexacto de la aseveracion del señor Kératry, viene un oficio que el general mejicano impe-

1867. rialista D. Manuel Noriega, dirigió á su go-
 Febrero. bierno el mismo día 12 en que salió de Puebla el mariscal Bazaine. El oficio, fechado en la misma ciudad, decía así: «El mariscal Bazaine se ha marchado esta mañana, dejando aquí por dos ó tres días, segun parece, la division de retagnardia, á las órdenes del general Castagny. Ya he manifestado á V. E., se apoderaron, por la violencia, del prisionero Alarcon, y han vendido el convoy á Aureliano Rivera, á pesar de haberles prevenido que yo tenía á la disposicion de M. Danó los ocho mil pesos que reclamaban por el flete. Despues se ha opuesto el mariscal á que continuara la línea de fortificaciones interiores de la plaza; pero me he opuesto enérgicamente á su voluntad y he hecho que continúen, es verdad que lentamente, lo cual puede exponerlas á que sean destruídas; pero, en fin, he hecho que continúen. Todavía no se me ha hecho la entrega de los fuertes de Loreto y de Guadalupe, ni de los almacenes de la artillería; me lo han ofrecido, sin embargo, y espero que serán entregados antes de que se marchen; tengo preparado todo para ocuparlos tan pronto como los abandonen. En lugar de ceder y de entregar al gobierno mejicano el armamento y las municiones que tienen todavía, han preferido inutilizarlo todo ó venderlo á especuladores...»

El prisionero Alarcon de que habla el general don Manuel Noriega en su comunicacion, era un guerrillero republicano valiente y activo que había hecho la campaña en los Estados de Veracruz y Puebla con cortas pero atrevidas fuerzas. En cuanto á la venta del convoy, ya debe entenderse que no quiere decir que fué hecha directa-

mente al coronel republicano don Aureliano Rivera que mandaba una brigada, sinó á personas que lo compraron para él, aunque sin indicarlo.

El gobierno de Maximiliano puso en conocimiento de su ministro cerca de la corte de las Tullerías lo expuesto por el general don Manuel Noriega, encargándole que agregase aquellos nuevos hechos á la lista de acusaciones contra el mariscal Bazaine. Numerosas eran las que con-
 1867. tenía la lista y en la honra del mariscal Ba-
 Febrero. zaine estaba el vindicarse de ellas; pero el emperador Napoleon que, en mi humilde concepto, debía haber mandado abrir una informacion sobre los hechos de que le acusaba el gobierno de Maximiliano al general en jefe del ejército expedicionario francés, no hizo caso de los cargos que se hacian á su mariscal. Todos los actos de los representantes de Napoleon en Méjico parecían dirigirse á obligar á Maximiliano á que volviese á Europa, para lo cual le negaban la pólvora, destruían los proyectiles y todos los pertrechos de guerra que no les era posible llevar á Francia. Preferían inutilizar los elementos de guerra que perteneciendo al ejército francés tenían que dejar, á cederlos al gobierno imperial para que se defendiera. Aun mucho de lo que no teniendo tiempo para destruir trataron de llevarse á fin de que de nada se aprovechase el gobierno que quedaba, se veían precisados á dejarlo abandonado en el camino para no detenerse en su marcha. Se hubiera dicho al ver regado de armas, de cureñas y de diversos objetos de campaña el camino, que el ejército frances se retiraba perseguido de cerca, siendo así que ninguno le disputaba el paso ni le acosaba. Un súbdito

francés, M. de la Barreyrie, avecindado en Orizaba que presenció la manera precipitada con que algunos cuerpos se retiraban hácia Veracruz, se expresa en estos términos: «El viajero que seguía al ejército francés con un día de distancia, hallaba en el camino armas y prendas de vestuario, abandonadas como en la más completa derrota: se encontraba con grupos de soldados, con armas y sin armas que, con las lágrimas en los ojos, le volvían la espalda á Francia. Estos desgraciados, víctimas de una aberración, cuyas tristes consecuencias sufren ya, se desertaban de una bandera que veían insultada y escarnecida en cada jornada que hacían: se olvidaban de que la política era la sola responsable de este desastre, y que á la bandera le quedaba toda la honra á que tiene un derecho incontestado. El mismo día en que salían de Orizaba los imperialistas, á las cinco de la tarde, ocupaba la ciudad Manuel Gomez con una escolta de ocho hombres de caballería (de los cuales cinco eran franceses) en nombre de Juárez; y por éste, á las doce y media Márcos Herrería

1867. entraba en Córdoba, y enviaba su vanguardia
Febrero. á acamparse á doscientos metros de la retaguardia del ejército francés. Las partidas del ejército juarista que seguían al cuerpo expedicionario, lo hacían á tan corta distancia, y se instalaban tan fácilmente en las poblaciones que abandonaban nuestras tropas, que parecía verificarse de comun acuerdo este cambio. este reemplazo... De todas partes se habían dado cita las partidas para escoltar la bandera de Francia, acordándola los honores del desprecio y del insulto; y, mientras tanto, los agentes del jefe de la expedición trataban hasta el último

momento, es decir hasta el dos de Marzo, con el secretario de Porfirio Diaz, que era un francés apellidado Thièle.»

La falta de orden y la sobra de precipitación sellaban los actos de los jefes franceses en lo relativo á la venta de cuanto no queriendo destruir ni dejar al gobierno de Maximiliano, enagenaban en los pueblos del tránsito á los individuos que se presentaban á comprarlos. Los guerrilleros fingiéndose paisanos, los labradores de las rancharías y cuantos anhelaban hacerse de caballos árabes á un precio insignificante, asistían á donde se hallaba algun destacamento francés que estaba en marcha y se hacían de la prenda que deseaban. Conociendo que les era imposible al ejército francés llevarse los corceles por lo costoso que habría sido su conducción á Francia, nunca llevaron su postura en los remates por un caballo excelente á más de veinte duros. «Mas bien que asistir á este espectáculo desolador que se asemejaba á una derrota,» dice el conde de Kératry, «nuestros soldados habrían reembolsado con mucho gusto á nuestro tesoro, y en provecho de Maximiliano, las insignificantes sumas que podía producirle esta lamentable operación, ordenada por nuestro gobierno.»

No puede dudarse en vista de todos los hechos referidos, que el objeto de la Francia era obligar al joven monarca de Méjico á retirarse del país, y que se procuró privarle hasta de los recursos propios con el fin de conseguir ese objeto. La conducta del gabinete de las Tullerías no podía ser ménos hidalga y noble con el príncipe que fiado en sus ofertas, había aceptado el trono mejicano. El conde de Kératry, nada sospechoso en ese punto, dice: «Es necesario reconocer que hasta la última hora de la ocupa-

1867. cion, agotaron las autoridades francesas el
 Febrero. tesoro mejicano, que cada día empobrecía más y más: esto era marchar en un camino que era poco digno de la Francia; pero M. Danó se veía obligado á obedecer las instrucciones de nuestro ministro de negocios extranjeros.» Y poco despues añade: «A última hora había poca generosidad al arrancar á Maximiliano sus últimos recursos hacendarios.»

Sabedor el general republicano D. Porfirio Diaz de la venta de caballos así como de diversos objetos hecha por el ejército francés, dictó una disposicion el 14 de Febrero que se fijó en todos los parajes públicos en que había tropas suyas, haciendo saber que se consideraban los expresados objetos como contrabando de guerra, y que, en consecuencia, serían tomados por el gobierno republicano. La disposicion estaba concebida en los siguientes términos:

«*República mejicana, cuartel general de la linea de Oriente.*—Habiendo tenido noticia este cuartel general de que al retirarse el ejército invasor, ha puesto en venta una gran parte de su convoy que no ha podido embarcar, hará V. saber al público, que todos los bagajes, transportes, material de guerra, animales, etc., que pertenezcan ó hayan pertenecido á dicho ejército, serán ocupados por las autoridades constitucionales, ya sea su actual poseedor mejicano ó extranjero, porque la nacion no reconoce ni reconocerá su compra, ni su venta, y ménos aún cualquiera otra especie de contrato sobre dichos objetos que son contrabandos de guerra, y que, por este motivo, pertenecen á la república.

«Independencia y reforma. Acatlan, 14 de Febrero de 1867.—*Porfirio Diaz.*»

Las autoridades republicanas, con el fin de que la disposicion diese los resultados que anhelaban, practicaron cateos en las casas donde tenían sospecha que podrían existir objetos comprados á los franceses, y lograron apoderarse de casi todos.

Entre tanto, el mariscal Bazaine había llegado á Veracruz, y el general Castagny que dos días despues de él salió de Puebla, se dirigía con su division de retaguardia hácia el mismo punto.

El mariscal, que á cada instante esperaba saber que Maximiliano, renunciando á su empresa, se resolveria al fin á partir para Europa, llegó á figurarse que había abando-

1867. nado la capital y que se dirigía al puerto. En
 Febrero. virtud de esta creencia, que deseaba ver realizada, salió de Veracruz y marchó inmediatamente á la Soledad con algunos oficiales, contando para proteger la llegada del jóven soberano, con la retaguardia y un batallon egipcio de la Tierra-caliente. Este movimiento hizo correr la voz entre los guerrilleros republicanos de que iba á abrir de nuevo la campaña para dejar despejado el camino de Méjico á Veracruz; pero pronto vieron que no era así, pues el mariscal regresó á poco al puerto, al saber que Maximiliano había partido para Querétaro, resuelto á combatir al frente del partido cuyas esperanzas había defraudado en la prosperidad, y á quien halló leal y adicto á su persona al abandonarle el gobierno francés.

Aun dudaba el mariscal Bazaine de que fuese cierta la noticia.

Le parecía imposible que se hubiese aventurado á una lucha para la cual la Francia le había privado de grandes recursos.

Nada sin embargo era más cierto.

Maximiliano había salido á hacer la campaña del interior.

Voy á referir su salida y los hechos que se verificaron poco antes y despues de ella.

CAPÍTULO XV.

Estado que guardaban las fuerzas imperialistas y republicanas y número de gente que tenían.—El general D. Francisco Velez se levanta contra el imperio.—Descripcion de la ciudad de Querétaro.—Sale de Méjico Maximiliano hácia Querétaro para ponerse al frente del ejército.—Tiene el emperador en el camino dos escaramuzas con las fuerzas republicanas.—Da una proclama el emperador en San Juan del Río.—Llega Maximiliano á Querétaro, y es recibido con mucho entusiasmo.—Pide el general Marquez artillería y municiones á Méjico desde Querétaro.—Llega el general Mendez con su brigada á Querétaro, y sale á recibirle el emperador.—Pasa el general Miramon revista á las tropas de Querétaro.—Publica Miramon una enérgica proclama.—Cita Maximiliano á los generales á una junta de guerra.—Se resuelve en la junta de guerra salir en busca de las fuerzas republicanas.—Manifiesta el emperador á los generales, que confía el mando de las tropas á D. Leonardo Marquez.—Se cree pospuesto con ese nombramiento el general Miramon, y dirige una carta al emperador.—Contestacion del emperador á la carta de Miramon.—Segunda carta de éste á Maximiliano.—Algunas inexactitudes en que incurre en ella.—Se celebran en Querétaro exequias fúnebres por el descanso del alma de D. Joaquin Miramon.—Desaprueba oficialmente el emperador la conducta de D. Miguel Miramon desde que se abrió la campaña.—Da un convite Maximiliano á los generales y principales jefes.—Algunas noticias biográficas respecto de algunos generales.—Hace saber el emperador á los generales y jefes en junta de guerra que la salida se efectuaría el 26.—Alocucion del general Mendez á su brigada.—Suplican los queretanos al emperador que no deje sola la ciudad.—Se aplaza la salida.—Se levantan obras de fortificacion en Querétaro.—Comunicacion del ministro Láres al general Marquez sobre las dificultades de enviar de Méjico artillería y municiones á Querétaro.—Carta del emperador al padre Fischer.—Carta del emperador al capitan de marina Schaffe.—Algunas observaciones respecto de varios párrafos de esas cartas.—Marchan los ejércitos republicanos sobre Querétaro.—Se ponen en combinacion los generales republicanos Escobedo y D. Ramon Corona para acercarse á Querétaro.

1867.

Continúa el mes de Febrero.

1867. El ejército francés no tenía ya en el interior del país ni un solo soldado.

Casi todos los batallones de que se componían navegaban de vuelta á su patria.